HARLEQUIN

Deseo™



Boda imprevista

CATHERINE MANN



Boda imprevista

CATHERINE MANN



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Catherine Mann. Todos los derechos reservados.
BODA IMPREVISTA, N.º 1742 - septiembre 2010
Título original: The Tycoon Takes a Wife
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8992-6
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Madrid, España. Un año atrás

Quería cubrirla de joyas.

Jonah Landis deslizó los dedos por el brazo desnudo de la mujer que dormía a su lado e imaginó qué joyas de la familia quedarían mejor con su pelo negro. ¿Los rubíes? ¿Las esmeraldas? ¿O tal vez las perlas?

Normalmente no solía echar mano del tesoro familiar. Prefería vivir del dinero que ganaba con sus propias inversiones. Pero estaba dispuesto a hacer una excepción por Eloisa.

La luz del amanecer entraba por los ventanales de la casa del siglo diecisiete que había alquilado para el verano. Una ligera brisa agitó las cortinas.

Eloisa había parecido tan cómoda caminando entre las ruinas del castillo español que al principio no se había dado cuenta de que era de los Estados Unidos. Y muy exótica. Y ardiente. Mientras ella caminaba tomando notas por entre los andamios, él había perdido el hilo de su conversación con los inversores.

La mayoría lo consideraban el impulsivo de la familia, aunque le daba igual lo que pensaran. No había duda de que corría riesgos en los negocios y en su

vida privada, pero siempre tenía algún plan. Y siempre le funcionaba.

Al menos hasta ahora.

La noche anterior, por primera vez, no había planeado nada. Simplemente se había lanzado de lleno a por aquella intrigante mujer. No sabía qué sucedería a la larga, pero estaba seguro de que iban a disfrutar de un fantástico verano.

–Umm –Eloisa giró en la cama y apoyó una mano en la cadera de Jonah–. ¿He dormido demasiado?

Aún tenía los ojos cerrados, pero Jonah recordaba a la perfección su intenso tono oscuro, que encubría la altivez de una emperatriz otomana. Miró el reloj de la mesilla de noche.

–Son sólo las seis de la mañana. Aún tenemos un par de horas antes del desayuno.

Eloisa enterró el rostro en la almohada.

–Aún estoy tan dormida…

No era de extrañar. Habían estado despiertos casi toda la noche, disfrutando del sexo, dando cabezaditas, duchándose… y acabando nuevamente uno en brazos del otro. No ayudó que hubieran bebido un poco.

Jonah se había limitado a un par de copas, como Eloisa, aunque parecían haberle afectado más a ella. Acarició su largo pelo negro, tan suave que se deslizó por sus dedos como lo había hecho cuando la había tenido encima, debajo…

Jonah salió de la cama.

–Voy a llamar a la cocina para que nos suban aquí el desayuno. Si te apetece algo en especial, dilo.

Eloisa se tumbó de espaldas en la cama con los ojos aún cerrados y se estiró. Sus redondeados y per-

fectos pechos llamaron de inmediato la atención de Jonah.

–Umm… me da igual –murmuró ella, adormecida–. Estoy teniendo un sueño maravilloso… –hizo una pausa, frunció el ceño y entreabrió ligeramente los ojos–. ¿Jonah?

–Sí, ese soy yo –dijo Jonah mientras se ponía los calzoncillos y tomaba su teléfono.

Eloisa miró rápidamente a su alrededor, tratando de orientarse. Tomó el edredón y tiró de él hacia arriba para cubrirse. De pronto se quedó paralizada.

–¿Qué sucede? –preguntó Jonah, extrañado. No era posible que Eloisa fuera a mostrarse repentinamente tímida después de lo de aquella noche.

–¿Jonah…? –repitió ella, claramente aturdida.

Jonah se sentó en el borde de la cama y esperó, pensando en varias formas de entretenerla a lo largo del verano.

Eloisa extendió el brazo y abrió los dedos de las manos. La luz que entraba por la ventana destelló en el anillo de casada que Jonah había puesto en su dedo anular la noche anterior. Parpadeó deprisa, obviamente horrorizada.

–¡Cielo santo! –exclamó–. ¿Qué hemos hecho?

Capítulo Uno

Pensacola, Florida. En la actualidad

–¡Felicidades a la futura esposa, a mi pequeña princesa!

El brindis del padre de la novia llegó desde la cubierta del barco hasta el muelle en que se encontraba Eloisa Taylor. Estaba sentada en el borde, mojándose los pies en las aguas del golfo de Florida, cansada después de haber ayudado a su media hermana a organizar su fiesta de compromiso. Su padrastro había tirado la casa por la ventana por Audrey, excediendo las posibilidades que podía permitirse un recaudador de impuestos, pero nada bastaba para su «pequeña princesa». A pesar de todo, había tenido que conformarse con una reserva el lunes por la noche para poder permitírselo.

El sonido de las copas se mezcló con el del agua que acariciaba los pies de Eloisa. La comida había terminado y todo el mundo había quedado tan satisfecho que nadie la echaría de menos. Se le daba bien ayudar a la gente y mantenerse en segundo plano.

Organizar aquella fiesta de compromiso había resultado una actividad agridulce, pues le había hecho pensar en su propia boda. Boda de la que su familia

no sabía nada. Afortunadamente, un efectivo divorcio la había librado rápidamente de su impulsivo matrimonio, celebrado de forma totalmente improvisada a media noche.

Normalmente lograba apartar los recuerdos, pero la organización de la fiesta de compromiso de Audrey le había hecho revivirlos con especial intensidad. Por no mencionar el críptico mensaje telefónico que había recibido aquella mañana de Jonah. Ya había pasado un año, pero aún podía reconocer su profunda y sensual voz.

«Eloisa, soy yo. Tenemos que hablar».

Eloisa apartó la coleta que la brisa se empeñaba en llevar hacia su rostro. Un año atrás decidió ir a conocer la herencia cultural de su verdadero padre. Aquello la había conducido hacia el hombre equivocado, un hombre con un intenso perfil vital que suponía una amenaza para su cuidadosamente protegido mundo. Y también para los secretos que tan celosamente guardaba.

Parpadeó para alejar los recuerdos de Jonah, demasiados, teniendo en cuenta el poco tiempo que pasaron juntos. Debería ignorar su llamada y bloquear su número. O al menos esperar a que su hermana estuviera casada antes de ponerse en contacto con él.

El relajante sonido del agua que acariciaba los costados del muelle se vio interrumpido por el del motor de un vehículo que se acercaba.

Eloisa miró por encima del hombro. Se acercaba una limusina. ¿Se trataría de algún invitado rezagado? Si era así, llegaba realmente tarde.

Tomó sus sandalias mientras contemplaba el elegante y exclusivo Rolls Royce de ventanillas tintadas.

La zona privada en que se encontraban era totalmente segura… ¿pero había realmente algún sitio seguro, especialmente en la oscuridad?

Eloisa sintió que se le ponía la carne de gallina y se le secaba la boca. Se puso las sandalias, reprendiéndose por ser tan tonta. Pero lo cierto era que el prometido de Audrey era conocido por tener algunos contactos turbios. Su padrastro sólo era capaz de ver el dinero y el poder, y no parecía preocuparle el retorcido camino por el que solían circular éstos.

Aunque ninguno de aquellos cuestionables contactos tenía motivos para querer hacerle daño a ella. En cualquier caso, le convenía volver a la fiesta.

Se puso en pie.

La limusina aceleró la marcha.

Eloisa tragó saliva, lamentando no haber tomado unas clases de autodefensa a la vez que terminaba sus estudios de bibliotecaria.

Pero no tenía por qué ponerse paranoica. Empezó a caminar. En cuanto avanzara treinta metros podría avisar al hombre que vigilaba el acceso a la pasarela.

El sonido del motor de la limusina aumentó a sus espaldas. Caminó más deprisa. El tacón bajo de sus zapatos se enganchó entre las tablas del muelle. Acababa de liberarlo cuando el vehículo se detuvo ante ella.

Se abrió una de las puertas traseras, bloqueándole el paso. Eloisa sólo podía rodear el coche o lanzarse al agua. Frenética, miró a su alrededor en busca de ayuda, pero ninguno de los setenta y cinco invitados que había en el yate parecía haberse dado cuenta de su situación.

Una pierna vestida de negro se asomó por la puer-

ta del coche. El zapato Ferragano que Eloisa reconoció al instante hizo que los latidos de su corazón se desbocaran. Sólo conocía a un hombre que los usara.

Dio un paso atrás mientras el hombre salía del coche. Contuvo el aliento, con la esperanza de ver asomarse un pelo canoso o una buena barriga…

Cualquier cosa… ¡menos a Jonah!

Pero no hubo suerte. El hombre alto y fuerte que salió del coche vestía de negro y llevaba suelto el botón superior de la camisa. Su pelo castaño le llegaba casi hasta los hombros y lo llevaba apartado del rostro, lo que realzaba la fuerza de su cuadrada mandíbula. Unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

Eloisa sintió que los nervios atenazaban su estómago.

Obviamente, su ex marido no se había conformado con hacer una llamada y dejar un mensaje. El poderoso empresario internacional del que se había divorciado hacía un año había regresado.

Jonah Landis se quitó las gafas, miró la hora en su reloj y sonrió.

–Siento haber llegado tarde. ¿Nos hemos perdido la fiesta?

Pero a Jonah no le interesaba nada la fiesta. Lo que quería averiguar era por qué Eloisa no le dijo toda la verdad cuando le pidió el divorcio. También quería saber por qué su apasionada amante se había alejado tan desapasionadamente de él.

Habría disfrutado contemplando la anonada expresión de Eloisa al verlo de no ser por lo enfadado

que estaba a causa del secreto que le había ocultado, secreto que estaba estropeándolo todo en su sentencia de divorcio.

Un año atrás, cuando la conoció en Madrid, la asombrosa e instantánea química que surgió entre ellos le impidió pensar en otra cosa. Y viéndola ahora de nuevo, no le extrañó que se le hubieran pasado por alto algunos detalles… como, por ejemplo, lo bien adaptada que parecía al entorno español en que se hallaba.

Eloisa era una distracción andante.

La brisa moldeó en torno a su cuerpo el vestido de seda que llevaba. La semipenumbra reinante hizo que Jonah la viera casi desnuda. ¿Habría sido consciente de ello cuando eligió el vestido? Lo más probable era que no. Eloisa no parecía ser consciente de su atractivo, lo que hacía que resultara aún más tentadora.

Llevaba el pelo sujeto en una cola de caballo que realzaba sus exóticos ojos marrones. Apenas maquillada, habría podido relegar a la sombra a muchas modelos famosas.

Pero en cuanto tuviera su nombre en los papeles del divorcio, papeles oficiales en esta ocasión, no pensaba volver a tener nada que ver con ella. Al menos, ése era el plan. No necesitaba pasar dos veces por lo mismo. En su momento malinterpretó las señales, no se dio cuenta de que Eloisa estaba bebida cuando dijo el «sí, quiero». Pero ya había superado aquel episodio de su vida.

O eso pensaba. Porque al verla de nuevo había experimentado el mismo impacto que la primera vez que la vio.

Trató de dejar a un lado su atracción. Necesitaba su firma y, por algún motivo, no había querido dejar aquello en manos de sus abogados.

Eloisa apoyó las manos en las caderas y ladeó la cabeza.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a acompañarte a la fiesta de compromiso de tu hermana –Jonah apoyó una mano en la puerta abierta de la limusina–. No puedo permitir que mi esposa vaya sola.

–¡Shhh! –Eloisa agitó la mano ante su rostro–. No soy tu esposa.

Jonah la tomó de la mano y miró su dedo anular.

–Vaya, la ceremonia de nuestra boda en Madrid debió ser una alucinación.

Eloisa liberó su mano de un tirón.

–No digas tonterías.

–Si lo prefieres, podemos saltarnos la fiesta, ir a tomar un bocado y hablar de esas «tonterías».

Eloisa miró a Jonah con cautela.

–Estás bromeando, ¿no?

–Sube al coche y compruébalo.

Eloisa volvió la mirada hacia el yate y luego miró de nuevo a Jonah.

–No creo que sea buena idea.

–¿Temes que te secuestre?

Eloisa rió nerviosamente, como si hubiera pensado precisamente aquello.

–No digas tonterías.

–Entonces, ¿por qué no entras? A menos que quieras que sigamos con esta conversación en medio del muelle…

Eloisa volvió de nuevo la cabeza hacia el barco. Finalmente asintió.

–De acuerdo –dijo a regañadientes mientras entraba en la limusina.

Jonah entró a continuación, dio un toque con los nudillos al cristal que los separaba del conductor y le indicó que condujera sin mencionar un destino determinado.

–¿Adónde vamos? –preguntó Eloisa.

–¿Adónde quieres ir? Tengo una suite en Pensacola Beach.

–Cómo no –dijo Eloisa con ironía mientras contemplaba el elegante y equipado interior de la limusina, que incluía un minibar, un televisor de plasma y un completo equipo informático.

–Veo que no has cambiado –Jonah había olvidado lo quisquillosa que podía ser con el tema del dinero. Pero había sido una experiencia refrescante conocerla. Ya había conocido demasiadas mujeres que sólo iban tras él por la cartera de acciones Landis y su influencia política.

Nunca había conocido a otra mujer que lo hubiera dejado por ello. Pero entonces no sabía que Eloisa tenía acceso a más influencia y dinero del que él podía ofrecerle. Aquello lo había impresionado, pero también lo había confundido, ya que Eloisa no se molestó en comentárselo ni siquiera después de casarse.

Reprimió su enfado, una emoción peligrosa dada la punzada de deseo que estaba experimentando. Para demostrarse a sí mismo que podía mantener el control, tomó entre dos dedos un mechón del pelo de Eloisa.

Ella apartó de inmediato la cabeza.

–Para. Déjate de jueguecitos y explícame por qué has venido.

–¿Qué tiene de malo que quiera ver a mi esposa?

–Ex esposa. Nos emborrachamos y acabamos casados –Eloisa se encogió despreocupadamente de hombros–. Le sucede a mucha gente. Sólo tienes que ver los registros matrimoniales de Las Vegas. Cometimos un error, pero dimos los pasos necesarios para corregirlo al día siguiente.

–¿Consideras que todo fue un error? ¿Incluso lo sucedido entre el «sí quiero» y la resaca de la mañana siguiente? –preguntó Jonah sin poder contenerse.

Un destello de atracción iluminó por un instante los oscuros ojos de Eloisa.

–No lo recuerdo.

–Te estás ruborizando –comentó Jonah con evidente satisfacción–. Seguro que recuerdas la mejor parte.

–El sexo es irrelevante –dijo Eloisa remilgadamente.

–¿Sexo? Yo estaba hablando de la comida. La mariscada estaba deliciosa.

La boca de Eloisa se contrajo en un gesto de desagrado.

–Eres un asno, Jonah.

–Pero soy todo tuyo…

–Ya no. ¿Recuerdas la mañana después? Eres mi ex asno.

Si fuera tan fácil dejar a aquella mujer atrás… Jonah tenía al cielo por testigo de lo mucho que se había empeñado en olvidar a Eloisa Taylor Landis a lo largo de aquel último año.